

refugiado en estas tres personas: Catón, Bruto y Porcia.

Las guerras civiles perdieran á Roma con tal extremo, que los espíritus superiores, como el espíritu de Lucrecio, desconfiaban hasta del sér ó existencia de los dioses y se ponían á cantar la Materia y su fuerza bruta, sin ver luz alguna de una Razón suprema en el cielo, completamente vacío, ni libertad en el hombre, triste víctima del destino. Cada una de las clases sociales tenía sus soluciones y la personificación de estas soluciones; pero todas se malograban y se frustraban en aquellos cambios de las dictaduras á las anarquías, cuya brusquedad, como los excesivos cambios atmosféricos, rompían y destrozaban los más fuertes y los más vigorosos organismos. Sylva representó á los patricios, Mario á los plebeyos, Pompeyo á las clases intermedias entre plebe y aristocracia, Cicerón á todas. Pero ni los trabajos de Sylva por el privilegio, ni los trabajos de Mario por el derecho, ni los trabajos de Pompeyo por un término medio entre ambos extremos, ni los trabajos de Cicerón por la concordia universal prevalecieron. Dos hombres, en verdad, personificaban entonces las dos fases de Roma, la que se iba por el ocaso de aquella sociedad, la que venía por el Oriente. Uno de estos hombres era Catón, otro de estos hombres era César. Catón, disgusta-

do de la realidad viviente, convertía su idea y sus ojos á lo pasado; César, viviendo en contacto con esta realidad, extraía por la creadora potencia del alma, extraía de todos sus vicios y de todas sus impurezas las fórmulas de lo porvenir. El uno, como lo pasado que se iba, resolvíase, por necesidad, en abstracciones; el otro, como lo presente y lo porvenir, era todo vida y esperanza de vida. Catón, frente á los pretorianos de César, frente al despotismo de Sylva, frente á la democracia de Mario, frente á las transacciones de Cicerón, frente á la demagogia de Catilina, representaba la historia y la prosapia del viejo patriciado en protesta contra todas las innovaciones como su abuelo. Catón, el censor en su tiempo, representara la reacción rural contra todas las novedades mercantiles é industriales traídas por potentados bien diversos de los antiguos nobles campesinos. Pero Catón, *el Joven*, como la historia le denomina, calcaba la resistencia de su tiempo, y de sus intereses, y de sus principios, en la figura de su antecesor, con lo cual, á los desórdenes de su edad y de su generación oponía pura y simplemente anacrónica y fútil arqueología. Todas sus virtudes adolecían de aparatosas, y relumbaban en frases, no en actos. La filosofía cuadraba más que la política en aquel período supremo á su complexión puramente de resistencia. Más que



combatir con el mal, quería diferenciarse del mal. Más que procurar un remedio, quería procurar una protesta. Mientras todos en torno suyo organizaban fuerzas, él ahuyentaba partidarios, á fin de que solamente se viese y resultase la persona suya como un colosal contraste con todo lo existente. Disertar con los filósofos más que reunir un partido era la ocupación del austero prohombre. Luégo, en su culto al patriciado, había más atención á las prácticas y á los procedimientos que á los dogmas y á las ideas. Creía salvar la religión del privilegio con el exquisito cuidado de sus perdidas tradiciones. Vestir como vestían los antiguos, hablar á la vieja usanza, volver por los giros arcaicos en todo, conservar las costumbres patricias, asistir al Senado con la puntualidad más exacta, sostener con las prácticas más rutinarias todo cuanto se arruinaba en aquella sociedad pervertida y anocheía en aquella oscura conciencia: he ahí el trabajo de Catón, cuando Mario entraba con sus reyes númidas y sus héroes cimbrios bajo los arcos de triunfo; cuando Sylá expedía sus sicarios con el puñal en una mano y en otra la tea para exterminar desde los hogares hasta los cuerpos de sus enemigos; cuando los templos se tornaban fortalezas y el Foro campo de batalla; cuando los mismos terremotos sacudían las colinas de los plebeyos que las colinas

de los patricios; cuando, infestadas las costas de piratas, los montes de siervos, las calles de facciosos, las casas de conjurados, entre las humaredas y los relampagueos del incendio, sobre los mares de sangre, paseaban como una furia por los escombros humeantes y los cadáveres amontonados una turba de corrompidos cortesanos y otra turba de voluptuosos epicúreos, quienes, aguardando muerte pronta, dábanse al placer fácil y rápido, mientras evocada por tantos errores y tantos vicios iba sobre todos á más andar la monarquía universal. El privilegio de Catón estaba en que mientras los demás corrían á refugiarse amargados y entristecidos en la soledad, verdadera suicida del alma, viviendo en compañía de sus árboles, de sus caballos, de sus pajareras, de sus flores, de sus fuentes, de sus estatuas, de sus jaurías, él iba por doquier mostrando que no muriera, no, á tanto golpe la nobleza romana, quien se prometía salvar aún las venerandas antiguas instituciones históricas.

De tal hombre Porcia era hija. Plutarco nos refiere las relaciones de Catón, *el Joven*, con las mujeres, y hay en este aspecto del sér suyo y vida particularidades por todo extremo incomprensibles para nosotros los modernos. Veámoslas con alguna detención, pues no dejan de ser curiosas. Muy enemigo del dictador César y muy amigo Ca-

tón de su propia hermana Servilia, no había podido impedir que mostrara esta preferencia bien digna de censura y castigo hacia el innovador, tan dado á sitiar las fortalezas y ciudades de sus enemigos como las casas y los tálamos de sus conciudadanos en los prodigios de odio y de amor á que le arrastraban los excesos propios de su natural extraordinario. Celebrábase una sesión muy solemne y acalorada en las Asambleas, donde controvertían César y Catón los asuntos públicos, y cuando más enfrascados estaban uno y otro en sus respectivos argumentos, recibe César una carta, la cual da margen al severo enemigo para suponer atentados prontos á realizarse contra la patria por el audaz dictador. Mientras Catón reconvenía de tal suerte á César, el reconvenido mostraba la epístola en su mano, sin atreverse á complacer el ánimo de su auditorio, quien á gritos pedía que se le comunicase y leyese. La carta era una carta de amor dirigida por la hermana de Catón, Servilia, dándole citas y prometiéndole favores á César. Éste alargó el documento á su contradictor, quien, viéndolo de refilón y de prisa, devolviósele como si le quemara, y dijo: «cosas de un borracho.» El deshonor de su hermana caía, por ley natural, como una sombra espesísima sobre su elevada y austera frente. Mas no fué una singularidad en su familia

el vivir deshonorosísimo de esta hermana; otra más joven, casada con romano tan poco severo como Lúculo, arrastró tal existencia orgiástica y viciosa, que su marido se vió en la imprescindible necesidad de repudiarla. Mas no pararon aquí sus desventuras en achaques de mujeres. Habiendo tenido en Atilia, su esposa legítima, dos muchachos, arrojóla de casa y separóse de ella por sus desórdenes y por sus excesos. Pero Traseas, de quien Tácito escribiera tan magnífico elogio, alabándole con su elocuencia singular, entre otras obras meritorias, trazó una vida célebre de Catón, donde nos refiere un hecho, apenas creíble, y que nosotros fijamos aquí para describir con exactitud la vida y las costumbres romanas. Como ya lo hemos dicho, Catón tenía, más que partidarios de su causa y de sus doctrinas, admiradores de sus ideas. Y entre los principales hallábase un hombre tan universalmente querido y respetado en Roma como el célebre Hortensio. No le parecía fuerte lazo á éste con el hombre á quien admiraba la devoción de su personalidad y de su historia, quería componer parte principalísima de su familia. Para esto pidióle su hija Porcia, la que luégo fué, como ya hemos dicho, esposa de Bruto. Pero Porcia estaba entonces unida en primeras nupcias con el patricio romano Bibulo. Extraña proposición

ciertamente debió parecerle á Catón, el cual no sólo tenía razones de sentimiento y razones de conciencia, sino además razones propias y particularísimas de sus viejos principios adscritos á las antiguas costumbres, en las cuales privaba mucho el hombre de una sola mujer y la mujer de un solo marido, para sostener y fortificar el viejo matrimonio. Congruente con todo esto, Catón opuso reparos al nuevo enlace de su hija, tanto más cuanto que Hortensio aducía, para cohonestarlo, el capciosísimo raciocinio de lo mucho que importaba el no dejar la costosa manutención de mujer é hijos á un hombre solo como Bibulo. De todas suertes grande oposición debieron mostrar éste y Porcia cuando el buen Hortensio desistió del empeño, si bien para proponer otro más increíble todavía. En efecto, desechada esta primera proposición, díjole al amigo que, no queriendo cederle su hija en matrimonio, le cediera su mujer. El severo Catón no cerró sus oídos á tan temeraria demanda. Plutarco, de cuyos labios fluyen á borbotones elogios para Catón, narra todo esto como la cosa más natural del mundo, y añade que no debía hallarse desamorado y despegadísimo de su esposa el gran ciudadano, cuando la tenía por aquella sazón en cinta. No menos especioso el motivo alegado por el noble Hortensio en su pretensión respecto

de Marcia que el motivo alegado en su pretensión respecto de Porcia. Conjurólo á dejarle ingerirse dentro del árbol de su familia, porque diz que Catón había ya dado de sí numerosas ramas. El austero patricio cedió, pero con la condición de que consintiera su propio suegro Filipo, el cual consintió también, pero con otra condición análoga de suyo á la anterior, que firmase Catón el divorcio de Minucia y el casamiento de ésta con Hortensio. ¡Qué tiempos y qué costumbres!

A pesar de tamañas debilidades en su vida privada, Catón se mostró enérgico y de una gran fortaleza en su vida pública; y entre sus hijos quien más participó de tal calidad extraordinaria fué Porcia, cuyo ánimo se templó y aceró en verdadero estoicismo, en todo el estoicismo compatible con su naturaleza femenil. Desde la mocedad primera este romano se prendó por completo de una grande abstracción, y creyó que para corresponder á sus creencias y á sus compromisos necesitaba él mismo resultar un sér abstracto en los cambios y mudanzas de la vida. Inútilmente pedían los latinos el derecho de ciudad; como no estaba en las viejas costumbres romanas, Catón lo repugnó desde su infancia. Inútilmente los siervos, advertidos por su conciencia de la igualdad natural, forcejeaban bajo el peso de sus cadenas; como las leyes an-

tiguas los declaraban cosas, desconociendo su personalidad, cosas los creía Catón. Así con igual tenacidad combatía los propósitos de la democracia empeñada en allegar la igualdad como los propósitos de tanto dictador cual allí pululaba contrario á las viejas libertades romanas. Él combatió á Saturnino por proponer distribuciones de tierra entre los plebeyos; á Druso por compartir el derecho de ciudadanía con los latinos é italianos; á Catilina por sus propensiones demagógicas; á Cicerón por sus componendas entre nobleza, plebe y orden ecuestre, pues para su alma de patricio no había más mundo que la vieja Ciudad Eterna, y no había más derecho que los privilegios de una clase á la cual debieran todos su engrandecimiento, Roma y el romano pueblo. Así despreció á los embajadores latinos y repugnó en César de antiguo, no sólo su menosprecio á las libertades patrias y á las leyes tradicionales, sino también su espíritu amplio y abierto que le impelía con soberano impulso á verter las ideas de Roma en el mundo y las ideas del mundo en Roma, componiendo con el organismo de la Ciudad Eterna como el cuerpo de nueva humanidad. Sin conocimiento de las realidades vivas, sin transacción é inteligencia con los hechos nuevos; con culto severísimo á fórmulas abstractas grabadas como de relieve dentro de su

alma y convertidas por un empeño de su incontestable voluntad en leyes reales de su tiempo y de su pueblo; todo el ideal de Catón estaba en el recinto y en el estadio de la vieja Roma. Conservarla entre tantos enemigos y contra tantas dificultades era su empeño, empeño más bien religioso que político, pues algo así como al hipnotismo de un asceta fascinado por múltiples supersticiones había en aquel hombre solitario y abstracto dentro de la múltiple y positiva Roma.

Ninguna voluntad tan firme como la voluntad que no toma en consideración los obstáculos y que no atiende á ningún género de dificultades. Catón, aunque platónico de suyo, había llegado á una creencia muy extendida por los estoicos, á la creencia de que puede, cuando el alma lo pide y lo desea con voluntad, prescindir del cuerpo, y refugiándose dentro de sí misma, desatender y despreciar el dolor. Lo cierto es que una mujer, como Porcia, imaginativa, impresionable, delicada, con extraordinarias propensiones al placer como todas las mujeres de su tiempo, crecidas en aquel festín perpetuo, soportaba los dolores físicos y hasta los dolores morales con una paciencia y una resignación incomparables. La sabida por todos anécdota, que Plutarco nos cuenta en la vida é historia de su inmortal esposo, enseña y demuestra cómo la poseyera el

estoicismo y cómo las grandes abstracciones, á las cuales consagrara su familia tan religioso culto, pudieron abstraerla del dolor y de las aficciones intensísimas al dolor consiguientes.

Una vez creyó Porcia que Bruto la tomaba por mujer vulgar y rehuía comunicar con ella propósitos y pensamientos, temerosísimo de su locuacidad femenil. Entrada por sus segundas nupcias en aquel hogar, donde se reproducía el de su padre, pero mucho más unido con la sociedad y con el mundo, Porcia comprendió bien pronto que se hallaba incurso en una conspiración permanente, como esposa de un conspirador tenacísimo. En vano buscaba con empeño las ocasiones de conversar con Bruto y arrancarle alguna sincera confesión ó merecerle alguna franquísima confianza. Cuanto más empeño mostraba Porcia en escudriñar el espíritu de Bruto, más éste se replegaba y recluía dentro de sí mismo, temeroso del desentrañamiento de su entrañable conciencia. Conoció Porcia el estado interior de su ánimo y se propuso darle una muestra patente de su voluntad soberana y de su reflexivo silencio. Toda mujer, dada la delicadeza de su sexo, la fuerza de imperio que tienen los nervios sobre su sensible complexión, los arrebatos y los fantaseos de sus facultades imaginativas, resiste menos, mucho menos que el hombre, los dolores

físicos. Pero Porcia se había propuesto reproducir en su persona el tipo de aquellos sabios ideados por el estoicismo, indiferentes á las adulaciones y á las injurias, superiores al dolor y al regocijo, de tal temperatura interior, que ningún cambio puede alterarlos, y de tal menosprecio á la fortuna y á sus favores, que la creían inútil de toda inutilidad, siempre que se la combatiera y se la contrastara con una constante virtud. Porcia hizo, en verdad, mucho á fin de que su esposo la creyera de ánimo tan varonil y entero como el suyo propio; serena en los peligros; riente á las adversidades; al reclamo de los placeres sorda y á los esplendores del lujo ciega; íntegra bajo las ruinas del honor antiguo romano, como estatua de diosa no aplastada por el desprendimiento de las bóvedas de su tiempo; absorta en los ideales de virtud y deber como Bruto mismo; y aperebida con tenacidad incontrastable, como víctima de resignación indecible, al sacrificio y al holocausto de su propio sér.

Porcia ideó un medio singular y extraño de mostrarse á su marido estoica. Apartada de todos, reclusa en su cuarto, sin auxilio de nadie, decidió darse á sí misma, por mano propia, un dolor, que se necesitaran sobrehumanas fuerzas para suscitarlo sin vacilaciones, y más que sobrehumanas, para sufrirlo sin quejas. El soldado herido en la batalla

pierde la cabeza, muda la color, vacila sobre sus plantas como edificio sacudido por el terremoto sobre sus cimientos y cae necesitando los socorros de las ciencias médicas y los recursos del arte quirúrgico para salvarse y reponerse. Pues si ella, en sus delicadas carnes, en su piel blanquísima, en aquel cuerpo acostumbrado á baños y perfumes, venciendo la sensibilidad inquieta de su débil sexo, superando el dolor insufrible para su delicadeza, podía una herida mortal abrirse y una enfermedad cruel procurarse, sin quejas, sin estremecimientos, con el vigor propio de un estoico, demostraba fácilmente á su marido cómo no tenía en Porcia tan sólo una compañera de su vida, sino un complemento de su alma, dispuesta como él mismo en aquella ocasión al combate y al martirio. En efecto, Porcia, con afilada navaja de afeitar, se hizo una herida tan profunda, que se abrieron sus carnes y se huyó por ella su sangre. Pálida, flaca, triste, desmejorando á la vista diariamente, su esposo, por más que le preguntaba las causas de un dolor y de una enfermedad por tantos síntomas á su penetración revelados, no podía sacarle palabra, como resuelta Porcia en sus deliberaciones íntimas y en su conciencia personal á ocultar los dolores materiales conforme Bruto le había ocultado á ella sus dolores morales. Veníasele ir á más an-

dar encima la muerte, y Porcia le presentaba sereno semblante y fría indiferencia, contentísima con emular á su marido en valor y en sufrimiento. Por fin, cierto día en que Bruto la importunaba pidiéndole con instancias que procurase recobrar la salud, indispensable siempre á los mortales, pero mucho más cuando intentan cosas altísimas para su patria y sueñan con proyectos graves, pagó Porcia este asomo de confianza revelándole cómo había hecho en su cuerpo una experiencia demostrativa de su poder y de su fuerza para dominar el dolor y de su derecho á compartir con el esposo amado todas las penalidades como todas las satisfacciones de su vida. Muy amargada en su interior de que hubiesen podido confundirla con el vulgo de mujeres gárrulas, á todas las emociones fáciles, y sin reserva ni secreto alguno, quería enseñar al esposo cuánto la desconociera quien, tratándola muchos años, no sabía ni su paciencia ni su heroísmo. Arrepintióse mucho Bruto de haber ocultado sus pensamientos á Porcia, y le dijo en puridad con qué dolor veía el pueblo romano tender su cuello al yugo como cualquiera bestia vil, constreñido por el poder de un general invencible y cegado por los resplandores de una gloria menos amable ciertamente que la divina libertad. Porcia, que no sólo había recibido en su cuerpo la complexión